



En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Amén.

Cristo, Rey nuestro. ¡Venga tu Reino!

Oración preparatoria (*para ponerme en presencia de Dios*)

Jesús, gracias por este tiempo para estar contigo. Haz mi corazón sencillo y humilde como el tuyo. Concédeme las gracias que necesito para confiar en Ti y dejarte que me guíes en mi camino.

Evangelio del día (*para orientar tu meditación*)

Del santo Evangelio según san Juan 1, 35-42

En aquel tiempo, estaba Juan el Bautista con dos de sus discípulos, y fijando los ojos en Jesús, que pasaba, dijo: "Este es el Cordero de Dios". Los dos discípulos, al oír estas palabras, siguieron a Jesús. Él se volvió hacia ellos, y viendo que lo seguían, les preguntó: "¿Qué buscan?". Ellos le contestaron: "¿Dónde vives, Rabí?" (Rabí significa 'maestro'). Él les dijo: "Vengan a ver".

Fueron, pues, vieron dónde vivía y se quedaron con él ese día. Eran como las cuatro de la tarde. Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que oyeron lo que Juan el Bautista decía y siguieron a Jesús. El primero a quien encontró Andrés, fue a su hermano Simón, y le dijo: "Hemos encontrado al Mesías" (que quiere decir 'el ungido'). Lo llevó a donde estaba Jesús y éste, fijando en él la mirada, le dijo: "Tú eres Simón, hijo de Juan. Tú te llamarás Kefás" (que significa Pedro, es decir, 'roca').

Palabra del Señor.

(adsbygoogle = window.adsbygoogle || []).push({});

Medita lo que Dios te dice en el Evangelio

¿Puede Jesús conquistar un corazón? En este Evangelio Jesús nos demuestra que sí, *si lo dejamos*. En concreto, hoy conquista a Juan y a su amigo Andrés. Ellos ven a Jesús, luego lo conocen, y finalmente, se vuelven apóstoles. Nos preguntamos,

¿por qué Jesús sí pudo conquistarlos a ellos, y a otros no? Tal vez la clave sea que Andrés y Juan le dieron una oportunidad. Ellos *supieron arriesgarse a pasar una tarde con Jesús, con un corazón abierto*. ¿El resultado? Jesús los transformó en pescadores de hombres. Apóstoles. Príncipes de su Reino. Hombres plenos.

Señor, ¿te he dado una oportunidad de hablarme al corazón? ¿He reservado tiempo para estar contigo en un retiro, o en un tiempo de oración después de Misa? ¿Tengo miedo de lo que pasará si te dejo conquistarme? Concédeme confiar en Ti, que sólo quieres mi bien y sabes mejor que yo cómo hacerme plenamente feliz.

El proceso de Juan y Andrés tiene tres pasos: ver a Jesús, *experimentar* su amor, *salir* a traer a mis hermanos a su presencia. Ver a Jesús: así comenzamos todos. Alguien nos enseña quién es Jesús, y nosotros, como los apóstoles del Evangelio de hoy, comenzamos a seguirlo, tal vez sin saber bien por qué. Sin embargo, después de algún tiempo, Jesús nos pregunta: ¿Qué buscáis? Ésta es la llamada a la fe adulta, que no puede seguir siendo mera tradición ni obediencia infantil. Hay que encontrar *nuestras razones* para seguir a Jesús, hay que conocerlo y amarlo *de verdad*. Y esto, ¿cómo? «Venid y veréis...» Jesús nos invita a su casa, como a Juan y Andrés, para estar una tarde con Él. ¿Qué casa? No la de Cafarnaúm, sino su casa que es la Iglesia. En ella, Jesús nos ayuda a conocerlo poco a poco. Para eso están los guías espirituales, la oración, la Biblia, los sacramentos, y nuestros hermanos.

¿Cómo es la experiencia de Jesús? Eso no se puede contar, y si se cuenta no tiene mucho sentido. La experiencia de Andrés no fue la de Juan, ni la de Juan la de Pedro. Una experiencia de Jesús no se puede contar. Hay que hacerla. Suena misterioso... Pero después de dos mil años, la Iglesia sigue enseñando con entusiasmo que el encuentro con Jesús es lo mejor que le puede pasar a uno. ¿Quiero hacer la experiencia de Jesús? ¿Cuándo empiezo a rezar? ¿Hoy? ¿A qué hora?

Una vez que conocemos a Jesús, es natural llevar a otros a Él. Si nuestra experiencia dice que no hay nada mejor que conocerlo y vivir con Él, no vamos a dejar que los demás se lo pierdan. Esto es lo que hizo que Andrés llevara con Jesús al primero que se encontró ese día, que fue su hermano Simón. Señor, ¡hazme un apóstol incansable de tu misericordia!

«Su invitación "Venid y veréis" se dirige hoy a todos nosotros, a las comunidades locales y a quienes acaban de llegar. Es una invitación a superar nuestros miedos para poder salir al encuentro del otro, para acogerlo, conocerlo y reconocerlo. Es una invitación que brinda la oportunidad de estar cerca del otro, para ver dónde y cómo vive. En el mundo actual, para quienes acaban de llegar, acoger, conocer y reconocer significa conocer y respetar las leyes, la cultura y las tradiciones de los países que los han acogido. También significa comprender sus miedos y sus preocupaciones de cara al futuro. Y para las comunidades locales, acoger, conocer

y reconocer significa abrirse a la riqueza de la diversidad sin ideas preconcebidas, comprender los potenciales y las esperanzas de los recién llegados, así como su vulnerabilidad y sus temores.»

(Homilía de S.S. Francisco, 14 de enero de 2018).

(adsbygoogle = window.adsbygoogle || []).push({});

Diálogo con Cristo

Ésta es la parte más importante de tu oración, disponte a platicar con mucho amor con Aquel que te ama.

Señor Jesús, gracias por llamarme a conocerte y amarte, a ser tu amigo. Tú conoces mi corazón, conoces mis deseos profundos y mis miedos escondidos. Quiero darte una oportunidad, Señor. Llévame a tu casa, la Iglesia, y déjame experimentar tu amor en los sacramentos, en tu Palabra, en la comunidad. Libérame de todo lo que me impide acercarme a ti. Rompe mis cadenas, cura mis heridas, y sáname con el bálsamo de tu misericordia. Transfórmame en un valiente apóstol de tu misericordia, que viva en la alegría de saberme hijo siempre amado del Padre. María, Virgen que te dejaste conquistar por el Señor y fuiste fiel a Él hasta el final, ruega por nosotros.

Propósito

Proponte uno personal. El que más amor implique en respuesta al Amado... o, si crees que es lo que Dios te pide, vive lo que se te sugiere a continuación.

Hoy voy a visitar a Jesús en la Eucaristía y estaré en silencio unos minutos para dejar que me hable al corazón.

Despedida

Te damos gracias, Señor, por todos tus beneficios, a Ti que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Amén.

¡Cristo, Rey nuestro!

¡Venga tu Reino!

Virgen prudentísima, María, Madre de la Iglesia.

Ruega por nosotros.

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.